

Núm. 36.

Semanario del Nuevo Reyno de Granada.

Santafé 4 de Septiembre de 1808.

Continuacion del Discurso

¡Quantas veces he visto yo á un niño tomando el pecho de una fiera que temblaba de cólera! ¡Quantas veces he visto, que una nodriza enferma, ò cargada de embriaguez, alimentaba con su leche nociva à un niño que nació hermoso como un amor!... ¡Madres felices, que habeis llegado à reproduciros en vuestros hijos, y disfrutais del encanto de ser madres! vosotros sois sensibles; pero ignorais las funestas consecuencias que pueden producir vuestra inocencia y vuestra inprecaucion. Quando vuestro seno rehuse alimentar à vuestros hijos; quando querais exâmiros de pagar à la naturaleza un tributo tan dulce; exâminad las costumbres, el genio, y la robustèz de la que los hà de alimentar. No les prepareis males eternos, que jamas podreis remediar.

Es verdad, que en los primeros momentos no se advierten las funestas consecuencias que causa en la máquina de los niños una leche morbosa. Pero el tiempo descubre todas estas semillas, y les prepara una vida llena de enfermedades. ¿Quantos vemos raquíuticos, que fallecen extenuados, con las visceras del baxo vientre obstruidas, con el abdómen hinchado, con úlceras podridas, y corrompidos los dientes? El gérmen de las en-

enfermedades que lleva la leche perniciosa, se mantiene escondido por largo tiempo, como sucede con el de las enfermedades hereditarias, ó con ciertas substancias venenosas, que introducidas en el cuerpo humano, quedan ociosas y dormidas por algun tiempo, hasta que se despiertan y resucitan quando ménos se piensa. De aquí debemos concluir, quan pocos niños hay sanos y de una constitucion vigorosa, que permanezcan libres de los golpes que recibieron en la infancia. Lo mismo debe suceder con los demas alimentos irritantes que inflaman la sangre de los niños: por que siendo el calor interno de estos mas considerable que el de los adultos, qualquiera cosa les causa gravissimas inflamaciones, y otras enfermedades semejantes.

El uso de la cuna y de la hamaca, adoptado en muchos paises del Reyno, produce en la organizacion de los niños efectos bien perniciosos y sensibles. Todo el que posea los primeros elementos de la Mecánica, y que considere la situacion en que se ponen los flúidos del cuerpo humano quando se le mueve circularmente, quedará convencido de esta verdad. La sangre, que por este movimiento adquiere una fuerza prodigiosamente centrífuga, disminuida la centrípeta ó de gravedad, es preciso que tire á salirse por la tangente. De aquí es fácil concluir, que desamparando este licor las partes del pecho y del vientre de los niños, huya con rapidéz á los extremos, y obstruya los vasos del cerebro. Que males no originarían en los órganos de estas partes delicadas.

das los corrientes de sangre que se acumulan en ellas. Que modificaciones, que dilatacion no padecerán unas fibras tan débiles, que por su demasiada laxitud están expuestas á perder la poca tension y la poca vibratilidad que tienen! Los niños se duermen con este movimiento, y esa es la unica razon que dan para no interrumpirle. Pero si examináran que aquel adormecimiento es, por decirlo así, una pequeña apoplexía producida por la obstruccion que causa la sangre en el cerebro, mas bien que un verdadero sueño, yo no dudo que proscibirían para siempre esas curas y esas hamacas, que tanto varían y modifican los tiernos organos de los niños. Para hacer palpables estos efectos, tómesese una Gallina ó qualquiera otra ave por los pies; muévasela circularmente por el ayre, y póngasela despues en el suelo. Al momento se advertirá, que emangrentados los ojos, sin fuerza ni movimiento en la cabeza, cae en tierra.

En los países calientes se adormecen los niños mas pronto que en los países frios. Allí las hamacas, por su construccion, describen un círculo mayor; y aumentando el radio, debe aumentarse la fuerza centrífuga. La sangre mas activa, todos los fluidos del cuerpo mas vivaces y menos consistentes, corren con mas velocidad hacia las partes del cerebro. Allí debe ser este movimiento aun mas perjudicial; y es precisamente en donde mas se acostumbra. Una fibra mas laxa y mas debilitada por el calor, está expuesta á perder para siempre toda su tension, con mas facilidad que otra

que es un poco elástica por el frío.

El systema nervioso de los niños los expone frecuentemente á contraer varias enfermedades, y aun á volverlos necios y pusilánimes desde la infancia, quando inconsideradamente se les ocasiona algun espanto. Los gritos immoderados de las amas, el ruido tumultuoso, y las risas inestinguibles, causan fuertes impresiones sobre sus fibras muy delicadas, y sobre sus espíritus poco consistentes. Por eso se observa que en el instante dexan el contento, se ponen en atencion, suspenden sus juegos, todo lo abandonan, y prorumpen en gemidos. El trueno causa muchas veces la muerte á los animales recién nacidos; y los gusanos de seda perecen. Un ruido tumultuoso debe igualmente influir en los organos de los niños, especialmente en su tímpano, y exponerlos á una perpetua sordera.

Los de los pueblos cálidos deben ser mas espantadizos, y mas propensos á caer en todas estas enfermedades, por la mayor debilidad de sus fibras. Pero generalmente hablando, yo querria que á ningun niño se le despertase con ruidos, ni con aquellas cantinelas desentonadas de que usan las amas. Déxeseles dormir quanto quieran, sin perturbarles su dulce tranquilidad. El padre de Montagne, dice Loke, llevó con su hijo esta precaucion muy lexos, como él mismo nos lo dice en estos términos al Libro 1 de sus Ensayos. „Habian aconsejado á mi padre, que me hiciese aprender las obligaciones y las ciencias por una voluntad no forzada, y

„por mi propio deseo: que educase mi alma con toda
 „libertad y dulzura, sin rigor ni violencia alguna, hasta
 „una tal supersticion, que por que opinan algunos
 „que se turba el cerebro tierno de los niños des-
 „pertandolos con sobresalto en las mañanas, y arran-
 „candolos violentamente del sueño, hacia que me des-
 „pertasen al sonido de algun instrumento: así no estu-
 „ve jamas sin un hombre que me sirviese á este efecto. „

La vista de los niños no exige ménos atencion,
 para que en ningun tiempo padezcan de extrabismo,
 y queden irregulares sin poder mirar los objetos en
 línea recta. Oyganos como discurre Mr. D. Auben-
 tón sobre esta materia tan interesante y tan poco cui-
 dada. „Desde que el niño puede divisar los objetos,
 „dize este Sabio, corre mucho peligro de desfigurar su
 „vista por el mas leve accidente, si le mantienen reclina-
 „do sobre un lecho, de donde no pueda mirar sino con
 „un ojo la ventana ò la antorcha que ilumina su de-
 „partamento. Este será mas fuerte y mas consistente
 „que el otro, y verá con él á mas distancia: el niño se
 „servirá con preferencia de él, quedando el otro va-
 „cilante por que carece de funciones. Asi pues, es ne-
 „cesario que el lecho quede iluminado por los pies, á
 „fin de que los dos ojos del niño reciban igualmen-
 „te la luz.“

Reflexionando sobre la delicadeza que tienen
 todas las fibras y membranas de los ojos de los niños;
 que estas se fortifican mas ò menos con la luz, y que

un torrente copioso de ella puede comprimirles tanto la pupila, que los exponga á recibir fuertes mutaciones en los organos de la vista; se puede concluir, que no se les debe exponer á recibirla, al menos en los primeros periodos de su nacimiento. Sabemos que los niños se mantienen encerrados en el vientre materno, como en un caos tenebroso, en donde no pueden exercitar el delicioso sentido de la vista; y que aunque salgan de él, no pueden usar de sus ojos con libertad. Es preciso que sus fibras se vayan acostumbrando á la luz, y que se fortalezcan con ella, para poder desplegar sus párpados, y echar una mirada sobre su existencia. Esto persuade, que no se les debe exponer á que reciban toda su profusion; sinó que una claridad tan apacible como la de la Luna, se difunda por su departamento y que esta se vaya aumentando por grados, hasta que puedan divisar sin incomodidad todas las riquezas que descubre el Sol. Un Buzo ó una Lechuza, á quienes se arrancase de su nido nocturno para exponerlos á la mitad del día, caerian en tierra, como si repentinamente se viesen heridos por el rayo; y de nada les servirian esas álas magstuosas con que surcan el ayre al través de las tinieblas de la noche. Los mismos efectos experimentaria el virtuoso y desgraciado Régulo, quando los crueles Cartagineses le sacaban de la negra caverna en donde le mantenian encerrado, para exponerle rápidamente á toda la viveza de la luz.

La denticion es la época terrible para los niños,

especialmente para los que nacen en los climas ardientes. Atacados por una fiebre tísica, como lo hà observado Jorge Armstrong, médico Ingles, que precede ó que sigue al nacimiento de los dientes; retrocede frecuentemente su salud, quando no mueren por su extremada debilidad. Las inquietudes, los espantos en el discurso del sueño, el incendio y el calor que los devora, unidos à los vómitos, marchitan su tez, descarnan su semblante, y apagan el fuego de su vivacidad. En los pueblos ardientes, en donde esa fiebre encuentra agotados y lânguidos à los niños por su excesiva transpiracion, los siega frecuentemente, como si fueran unas mieses dessecadas. Aqui se anticipa la dentition, y en los países frios se retarda: pero en estos tampoco carecen de peligros.

El baño continuo, el alimento de una leche sana y nutritiva, el mediano exercicio que hagan, aunque sea en los brazos de sus amas, pueden contribuir infinito à preservarlos de un grave ataque causado por la fiebre: porque esta causará mayor devastacion en un cuerpo lânguido y desfallecido, que en una maquina robusta y bien constituida. El célebre Autor que he citado, recomienda el uso moderado de blandos y repetidos purgantes, que deben continuarse, à fin de que la fiebre se desvanezca insensiblemente, considerando la edad, el clima, y la constitucion.

Un niño confiado à los caprichos de una nodriza brutal, que le imprime fuertes movimientos; que le

besa repeti las veces, y le hace inspirar su aliento abrasado; que le saboréa con alimentos dulces, y le hace beber mucho, exponiendole á engrosar demasiado y á que fomenta las lombrices (*) en su seno; que le hace gustar de alimentos de carne y otros que se corrompen fácilmente; es preciso que se erie enfermizo, débil, extenuado, y que jamas llegue á vigorizar su salud aunque recorra à la ciencia de Hipócrates... Paso à examinar las qualidades que deben tener las madres para concebir hijos robustos y sanos.

Es un principio bien averiguado que de la constitucion de las madres depende originariamente la de sus descendientes. La continua experiencia tambien nos enseña, que ciertas enfermedades que atacan à la misma generacion, se perpetúan de padres à hijos, de familia en familia y de siglo en siglo. La historia nos ofrece muchos exemplos; y sabemos que la Ley de Esparta, que solo queria formar un pueblo de héroes en Lacedemonia, quitaba del medio à los hijos débiles y enfermizos, para que no siendo una carga gravosa à la sociedad, no pudiesen tampoco hacer inútil una generacion.

(*) Esta enfermedad tan comun en los niños, tiene el poderoso antidoto de la *Higuera*, (*Ricinus Lia*) Basta frotársela ó dos veces toda la cavidad del abdomen con el aceyte de esta planta, para que las arrojen. Pero si esto no es suficiente, se les suministrará en bebida la quarta parte de una cucharada, para que infaliblemente expelan todas las lombrices. Debe cuidarse mucho de que el aceyte sea muy fresco, por que estando un poco añejo, es un eméico violento, capaz de producir terribles efectos.

Con licencia del Superior Gobierno.